

Ecologismo y política: un conflicto de valores¹

José Luis González Quirós, Instituto de Filosofía del C.S.I.C.

jlgonzalezquiros@gmail.com

Según dijera un ministro de Allende, “el socialismo puede llegar sólo en bicicleta”. Esta idea expresa una sensibilidad que, en términos históricos, es reciente en buena parte de la izquierda y que contrasta fuertemente con la vieja consigna leninista de que el comunismo es “los soviets más la electricidad”. Son muy diversas las razones por las que, en confluencia con una nueva sensibilidad popular, los partidos de izquierda, y el resto de fuerzas políticas más o menos a remolque, se han abierto a una conciencia más sofisticada de los problemas que plantean las relaciones entre el medio ambiente y las sociedades de consumo.

El objetivo de este texto es analizar la lógica de las conflictivas relaciones entre el tipo de convicciones y de verdades que el ecologismo preconiza y las decisiones políticas que se toman en las sociedades democráticas y que condicionan o impiden, de uno u otro modo, la realización de ese tipo de programas que propone la ecología. En lo que sigue emplearé como casi sinónimos los términos “ecología” y “ecologismo”, aunque no sin advertir que se trata de un uso descuidado que, espero que sólo en otros contextos, podría conducir a más de un equívoco.

Las raíces del ecologismo

El ecologismo es reciente pero sus raíces no lo son tanto. En el seno de las ideas ecologistas se han incorporado una gran variedad de elementos bastante heterogéneos que han sintetizado bajo la influencia de la ciencia, que es un catalizador poderoso. El antecedente remoto más profundo del ecologismo es la valoración ética y estética que el romanticismo hizo de la naturaleza. El romanticismo se desarrolló en un momento histórico en que el mecanicismo había empezado a dar frutos prácticos de considerable importancia económica, política y social. Esa disparidad de fuerzas espirituales se sustanció con una victoria aparente y a corto plazo del mecanicismo, pero el sentimiento de comunión con la naturaleza como anclaje frente a las novedades agresivas del industrialismo quedó sólidamente asentado entre las clases cultas de la sociedad europea y americana. En esa discrepancia de fondo sobre la relación entre la civilización y la naturaleza se recoge, de algún modo, la contraposición existente entre dos tradiciones latentes en el seno del cristianismo: el espíritu de Asís que ve en las cosas naturales un destello de Dios y la visión de lo natural como un puro mobiliario que adorna el escenario en el que se desenvuelve el drama de la relación del hombre con Dios, única realidad que tiene interés por sí misma. Pero, además de esa dicotomía, el desarrollo de la biología tras Darwin propició otra dicotomía, en cierto modo, paralela: la del darwinismo y la de la ecología a la que dio nombre Haeckel en 1866 al dedicar esa nueva mirada al estudio de “esas complejas interrelaciones a las que se refería Darwin en su idea de la lucha por la supervivencia”. En las fuentes mismas de la mirada ecológica hay algo así como una relación *dialéctica* con Darwin; éste sería el biólogo que diera soporte al spencerismo, a la visión de la realidad como una lucha entre poderosos y débiles, mientras que el

¹ Este texto se publicó como “Ecologismo y política: un conflicto de valores”, en la revista El Noticiero de las Ideas, 21, I-III-2005, pp. 50-57. Se reproduce aquí con permiso expreso de los editores.

ecologismo recoge una visión más piadosa de la vida que debería dar pie a una relación más equilibrada del hombre con la naturaleza.

Sobre la base de esa herencia romántica de veneración de la naturaleza, el ecologismo se ha nutrido posteriormente de la oposición al desarrollo de las tecnologías que se desarrolla en el movimiento *hippy* y en la cultura *new age* y, más tarde, de las diversas formas de oposición a la globalización en lo que ha coincidido con una búsqueda de nuevas formas de inspiración crítica de la izquierda postcomunista. El prestigio de la ciencia ha sido el catalizador del atractivo contemporáneo del ecologismo como lo muestra el que buena parte de sus principales gurus hayan sido académicos de gran renombre.

La letanía ecologista

El ecologismo actúa en política conforme a un concepto que puede expresarse con un lema publicitario empleado por una multinacional del automóvil: pensar globalmente, actuar localmente. Esto quiere decir que al ecologismo que participa en elecciones sea cuál sea su propuesta le es esencial un concepto global que da por bien sabido por todos porque, en efecto, de algún modo, no hay discusión sobre cierta verdad de fondo que se denomina *crisis ecológica*, una idea que casi nadie se atrevería a discutir.

La presentación más alarmista de las crisis ecológicas nos habla de un mundo que se aproxima velozmente a una catástrofe de enormes proporciones. El efecto invernadero, la explosión demográfica, el agotamiento del ozono, el calentamiento global, la lluvia ácida, la escasez de alimentos, la amenaza de los cultivos transgénicos, la polución atmosférica, la elevación del nivel de los océanos, la contaminación de las aguas, la desertización, la extinción de especies, la muerte de los bosques y océanos, son algunos de los nombres que se han dado a esa clase de cataclismos que nos amenazan de una manera que tiene algunas características precisas:

- 1) todos esos fenómenos, de base fuertemente intuitiva, están ya entre nosotros aunque no se sepa bien cuál de ellos ha de llevarse la palma apareciendo el primero en su forma más destructiva,
- 2) se trata de procesos degenerativos que son competitivos y complementarios, pues avanzan conjuntamente hacia el desastre,
- 3) esa clase de tendencias catastróficas solo pueden detenerse reduciendo drásticamente nuestro nivel de crecimiento y practicando severas políticas de contención de manera universal.

El punto débil de todas estas profecías está en su fundamento empírico, del que habría que derivar su capacidad predictiva y no en su aceptabilidad popular que es muy amplia. De hecho, el más firme desacreditador de la base empírica de esta clase de amenazas, el economista norteamericano Julian Simon empezó a ser escuchado con cierta atención cuando ganó la apuesta que hizo en 1980 con Paul Ehrlich: que cinco mercancías que Ehrlich podía escoger, el biólogo de Stanford escogió el cromo, el cobre, el níquel, el estaño y el tungsteno, iban a ser más abundantes y baratas diez años después. Simon ganó los 1000 dólares de la apuesta porque el precio de las cinco mercancías disminuyó un promedio del 40%.

Las ideas de Julian Simon estimularon a Björn Lomborg, un estadístico danés, cuya posición al respecto era la de un ecologista de izquierda, a combatir las consideraciones del economista americano. El examen detenido de los datos disponibles le llevó, sin embargo, a convertirse en un *medioambientalista escéptico* que denuncia las inconsistencias en que se funda lo que ha llamado la *letanía ecologista*. Lomborg no afirma que las cosas estén bien, sino, simplemente, que no están tan mal como se dice puesto que, hechas las estadísticas como es debido, las cosas se ven muy de otro modo. Sus razones para oponerse a la letanía son, a la vez, de carácter epistemológico y de tipo político, porque "necesitamos la mejor información posible para tomar las mejores decisiones", y porque, además "la democracia funciona mejor si cada cual tiene acceso a la mejor información". En definitiva, Lomborg no afirma que nuestros problemas sean irreales o menores sino que no están empeorando necesariamente y que la *letanía*, con su impacto en la opinión pública, impide que nos concentremos en los que realmente son más importantes.

Un sesgo muy peculiar y significativo de las actitudes públicas respecto al estado de salud del medio ambiente en el mundo es que, como subraya Lomborg, la gran encuesta a nivel mundial hecha en 1992 sobre la salud del planeta muestra que, en la mayoría de países, los encuestados creen que la situación del mundo es mala, la de su país es mejor y la de su localidad mejor todavía, es decir que pese al carácter intuitivo de gran parte de las afirmaciones ecologistas, la mayoría de la población cree que los peores problemas están en otro sitio.

En realidad, si se elimina el coeficiente de politización que ha caído sobre todo esto, hay que afirmar, como lo ha hecho Freeman J. Dyson en su reseña de la obra de Vaclav Smil que "la única respuesta racional es admitir nuestra ignorancia" puesto que "la vida es complicada y cualquier teoría que pretenda describir su funcionamiento en términos simples es presumiblemente falsa". Como el propio Dyson afirma, además de la lógica discrepancia sobre los hechos, hay una discrepancia de valores que es fundamental. Para Dyson se trata de una dicotomía entre "naturalistas" y "humanistas". Los "naturalistas" creen que "la naturaleza sabe más", es decir que el respeto al orden natural tal cual es y está es un valor supremo y que cualquier intervención humana que altere ese orden es en sí misma un mal. Los "humanistas" creen, por el contrario, que los seres humanos forman parte esencial de esa naturaleza y que hombre y naturaleza pueden sobrevivir y prosperar conjuntamente porque, a largo plazo, solo cabe pensar en una buena preservación de la biosfera si en todas partes los seres humanos alcanzan un nivel de vida decente.

Economía y ecología

El ecologismo habla en términos de bienes para la humanidad en general y la economía se las ve con bienes humanos bajo disputa, con escaseces y con precios. Sus valores respectivos son muy distintos y aún contrapuestos, pero en la medida en que la ecología ha alumbrado la existencia de una nueva clase de bienes, la economía ha hecho rápido acto de presencia. Así la llamada "ecología de mercado" ha sido la respuesta que la economía ortodoxa ha dado al desafío que para los economistas había supuesto la aparición de una nueva clase de bienes colectivos que parecían trascender las

posibilidades del mercado y de la propiedad privada. El punto de apoyo de esta nueva rama de la economía liberal es la constatación de que la situación ecológica en los países socialistas ha sido, en general, aún peor que la que ha sido común en los países en que han regido economías de libre mercado.

La razón de esa peor situación no es casual. Como escriben Anderson y Leal, "asumir que la habilidad humana para acumular y asimilar conocimientos es tan refinada que puede controlar la economía o el medio ambiente para sí misma y para todas las demás especies requiere un gigantesco acto de fe. Las recientes experiencias del Este europeo ponen de manifiesto los problemas medioambientales que pueden presentarse con una administración centralizada."

Para los economistas liberales, el ecologismo tradicional no tiene en cuenta uno de los más básicos instrumentos de comprensión económica de la realidad, esto es el análisis de los incentivos capaces de motivar a los agentes para realizar una elección en lugar de otra. El ecologismo tiende a creer cándidamente en que dada la bondad de sus fines y la bondad del público habrá un ajuste favorable a sus intenciones que sea susceptible de una dirección política. La realidad de la vida económica funciona de hecho muy de otra manera.

Cuando se considera que una correcta política ecológica requiere una administración política centralizada se está suponiendo que los sujetos individuales son ignorantes, si no perversos, y que el conocimiento experto ha de estar, en pocas manos, en las de los sabios capaces de administrar los recursos ecológicos conforme a saberes y consideraciones que no están al alcance de cualquiera. La ecología de libre mercado afirma, por el contrario, que las diferencias entre lo que saben los expertos y lo que sabe el ciudadano medio son menores de lo que se suele suponer y que, por ello, los propietarios de las zonas afectadas están en mejor situación que cualquier tipo de autoridad política para saber lo que conviene a sus propiedades y tienen también los incentivos necesarios para procurar en ellas la mejora de sus recursos de todo tipo, incluidos los ecológicos. Como dicen Anderson y Leal, "sin información y sin incentivos, la gestión científica se convierte en una economía sin precios", es decir, un imposible teórico y práctico.

Es evidente que las propuestas ecologistas implican no sólo una nueva estructura de las prioridades públicas sino también de la agenda privada de los ciudadanos y que esa clase de nueva economía tropieza con dificultades para su cálculo y evaluación, especialmente en la medida en que no es nada fácil calcular los costos de los efectos no deseados que se ven inducidos por las limitaciones que imponen los movimientos ecologistas. La estimación de costes es siempre aproximada y se convierte casi en una tarea imposible cuando se trata de evaluar no sólo los costes directos sino los indirectos y lo que suele llamarse costes ocultos. Es corriente admitir que las estimaciones numéricas de los costes a largo plazo de las innovaciones tecnológicas son muy imprecisas e incluso ilusorias. No se trata sólo de dificultades de método que son abundantísimas, pues es evidente que no existe una regla indiscutible con la cual efectuar un cálculo entre perjuicios de diverso tipo y beneficios de otra distinta especie para alcanzar una expresión neta positiva o negativa que tenga un significado indiscutible. La política consiste justamente en afrontar esa clase de galimatías, y la principal diferencia entre el tratamiento ecologista de un asunto y su fórmula política es que el ecologista exige un pronunciamiento absoluto dónde el político ve una serie de

factores de imposible integración, de modo que lo único que le cabe hacer es proceder a incluirlos según su mayor o menor compatibilidad con sus intereses y convicciones de fondo en la apuesta programática que le dicta su instinto electoral.

Las amenazas contra las que pretende prevenimos el ecologismo han jugado un papel tan importante, al menos, como la supuesta evidencia de los males presentes; en función de ese miedo al desastre futuro, el ecologismo ha adoptado una actitud de cuestionamiento radical de nuestro modo de vida y se ha convertido, en muchas de sus versiones, en una objeción de fondo frente al desarrollo económico e industrial en cualquiera de sus formas. Un caso extremo de esa oposición es el de su lucha contra la biotecnología.

Son ya muchos los que han advertido frente a los riesgos de detener los posibles avances en biotecnología en función de la oposición de diversos ecologismos al desarrollo de los organismos genéticamente modificados. No se trata sólo de confrontaciones en el terreno de la teoría, sino de oposiciones que bordean lo irracional y que dan lugar a hechos bastante lamentables como los protagonizados por ciertas ONG que, convencidas de la propaganda ecologista al respecto, han llegado a oponerse a las donaciones de grano de los Estados Unidos a algunos países africanos que padecían hambruna con el increíble argumento de que esos productos pueden ser perjudiciales para la salud, una actitud hacia el hambre real de esas poblaciones que cae de lleno en el esperpento si no en el delito.

Por lo demás, como ha señalado Fernando Peregrin, es muy probable que la oposición a los cultivos transgénicos acabe perjudicando a las pequeñas empresas de biotecnología en beneficio del monopolio de las más poderosas que pueden soportar sin excesivas penas la oposición ecologista: un efecto no querido y seguramente muy contrario al deseado por quienes se oponen al desarrollo de esas biotecnologías.

Las diferencias entre ecologismo y política

El ecologismo militante no se limita a ser una opción entre otras; su aceptación táctica de los mecanismos de la deliberación y de la representación política no supone una renuncia a otros medios de actuación más expeditivos y espectaculares que no se desarrollan en los espacios electorales. La política admite unos límites que el ecologismo no admite. Las circunscripciones y las fronteras, por ejemplo, no dicen nada a los ecologistas, porque para quienes se preocupan de la naturaleza las discontinuidades artificiales que caracterizan a la política no significan nada.

La política funciona sobre la base de la soberanía, de una cierta indeterminación de la voluntad frente a los datos de la realidad, mientras que el ecologismo predica recortes de esa soberanía. Por supuesto que el ecologismo presenta esa renuncia, en último término, como una conquista, como una aspiración, pero por atractivas que sean esas propuestas en sí mismas consideradas no pasan de ser propuestas que se fundan en algo muy distinto de la voluntad política. Con ellas se trata de convencer a los electores para que hagan algo que en principio no querrían hacer, no de prometerles que se va a hacer precisamente lo que ellos quieren que se haga, que es lo que prometen la generalidad de los programas políticos.

La oposición del ecologismo a una visión antropocéntrica es absolutamente frontal, mientras que tanto la noción misma de soberanía política, por un lado, como las más contrapuestas ofertas de la política democrática se fundan en algo históricamente muy cercano al antropocentrismo. La democracia como camino hacia la promesa de una utopía igualitaria, por ejemplo, se funda mucho más en la capacidad de la voluntad colectiva para satisfacer cualquier forma de deseo que en cualquier obediencia a supuestas leyes o tendencias de la naturaleza, una entidad que es rotundamente ajena a los objetivos del sujeto político. La naturaleza es indiferente a nuestros deseos y a nuestras cuitas, es azarosa y frecuentemente cruel, no se ocupa de los individuos sino, si acaso, del destino de poblaciones.

El ecologismo tiene ideas que difieren fuertemente del resto de las fuerzas políticas respecto a qué es la realidad, a qué sea la razón y a cuál sea el orden lógico en el que se han de debatir las cuestiones en disputa. Qué sea ciencia y cuáles son las verdades científicas esenciales respecto a la naturaleza es un campo en el que se da una fortísima discrepancia entre ecologistas y quienes no lo son. La realidad a la que se refiere el ecologismo es una realidad más amplia que la mera realidad política, es una realidad cosmológica mientras que la realidad política es una realidad meramente sociológica o comunitaria. Al apelar al entorno físico o natural y al relativizar nuestra presencia en él poniéndola en un plano de igualdad con la de otras especies biológicas, al tratar de impedir, por ejemplo, el trazado de una autovía porque atraviesa el ecosistema de una familia amenazada de mariposas, el ecologista está apelando a sustituir una visión antropocéntrica de la realidad por una visión ecológica alternativa que, en su opinión, es más natural y saludable.

La razón a que se refiere el ecologismo es, una razón pretendidamente más amplia que la mera razón analítica e instrumental e, incluso, que una razón humanista. Esas formas de racionalidad dan por supuesto un amplio conjunto de hipótesis que el ecologista trata de subvertir. El ecologista pretende estar en posesión de una mirada que supera esas formas de racionalidad al anclarse en una realidad que, a su entender, tiene mayor rango: la realidad natural, una realidad más profunda que la contemplada por los conceptos políticos ordinarios y cuya intelección permite al ecologista dar con una nueva forma de razón universal, con una razón que viene a ser una especie de nueva música de las esferas.

El punto de vista de los ecologistas se sustenta en un conjunto de valores rotundamente distinto al ordinario. No se trata sólo de distintos valores sino, sobre todo, de distintas jerarquías entre los sistemas de valores. En su virtud, es muy difícil ponerse de acuerdo con los hechos que los ecologistas tratan de situar en el primer plano de nuestra atención porque para el ecologismo la elección de los hechos y su presentación no es neutral y, por ello, no puede darse por buena la agenda de problemas de la política ordinaria. Cuando, a su demanda, se introducen en esa agenda las variables ecologistas se produce una confusión entre valores que no se rigen por las mismas lógicas.

Las posiciones ecologistas están por encima, cuando no en contra, del mercado tanto en su aspecto económico como del propio mercado de las ofertas políticas, hablan de valores que no se cifran en el intercambio sino que tienen algo de natural, de absoluto, que hablan de un orden ético superior centrado en una conciencia del estado conjunto de

la naturaleza frente al orden ético ordinario centrado en la conciencia colectiva o en la meramente individual.

La política ordinaria se funda en una apelación a nuestra autonomía para decidir, mientras que el ecologismo consiste en denunciar lo engañosa que es esa suposición, en recordarnos nuestra vinculación con una realidad de orden superior en la cual jugamos de hecho un papel que deberíamos dejar de jugar. El ecologismo tiene un programa de cambio radical de la conducta humana que es consciente que no puede imponer por los medios políticos ordinarios, pero al que no renuncia.

Las propuestas del ecologismo dibujan un entorno estratégico muy distinto respecto al de la política ordinaria en cuanto posponen, por ejemplo, las cuestiones de orden económico y las de orden estrictamente político a la resolución de las urgencias ecológicas que en cada caso hayan listado como prioritarias. El ecologismo no se dirige a colmar aspiraciones del elector sino a sugerirle adaptaciones y limitaciones, aunque trate, como es lógico, de envolver estas últimas en un argumento promisorio: pero su lógica política es muy peculiar porque no depende de estados de opinión y de demandas expresas sino que, más bien, aspira a sustituir los valores políticos dominantes por una nueva clase de valores y a establecer una nueva mayoría capaz de sostener sus demandas específicas. Esta es una razón más por la que las fuerzas ecologistas no pueden limitarse nunca al ámbito ordinario de la política: necesitan siempre algún tipo de acción directa por los efectos de intimidación y propaganda que estas conllevan.

En el ámbito territorial, el ecologismo está por encima de las divisiones políticas ordinarias (no debería haber, por ejemplo, fuerzas ecologistas y nacionalistas al tiempo) y ofrece al electorado un análisis de la realidad en el que lo global está mucho más presente que lo meramente local aunque, llevados de la lógica de la contienda política, insistan con más frecuencia en aquellos problemas que gozan de una mayor visibilidad para los electores por ser más cercanos a sus intereses.

La agenda de prioridades de las fuerzas ecologistas suele jerarquizarse en torno a temas de índole internacional y global, razón por la cual los movimientos ecologistas han adquirido un papel bastante activo en lo que se conoce como movimiento antiglobalización.

En su conjunto, el ecologismo se configura, por tanto, como una crítica de nuestra civilización, como una objeción absolutamente de fondo al conjunto del sistema y a sus fundamentos. Nada tiene de particular que el ecologismo, independientemente de sus alianzas circunstanciales y del éxito que ha tenido en introducir esta clase de cuestiones en la agenda política ordinaria, experimente una deriva hacia el izquierdismo y que en las izquierdas se haya sentido de manera más fácil que en los partidos de inspiración liberal las visiones del ecologismo y se haya optado por incluirlas en el programa político como un nuevo tipo de valores críticos.

Como ha escrito Manuel Arias Maldonado, "para el pensamiento verde dominante, la crisis no atañe solamente a la naturaleza. Síntoma de una fractura civilizatoria, de la anunciada quiebra del modelo social y cultural occidental, la crisis no tiene que ver sólo con el medio ambiente, sino también con la forma en que vivimos, con nuestros patrones culturales, nuestra ciencia y nuestra tecnología, nuestro sistema político y económico". Se trata en suma de una crisis del yo occidental, para la que no sería

suficiente una corrección reflexiva de nuestras prácticas sociales con influencia en el medio ambiente natural como la que en el fondo demanda Lomborg al poner en duda la base empírica de las dimensiones de la crisis. Para los ecologistas no hay corrección estadística capaz de poner en entredicho la linealidad de nuestra marcha hacia la catástrofe, tal vez porque el ecologismo resulta ser la contrafigura negativa de la utopía ilustrada del progreso trasmutada ahora en la utopía mercantil del capitalismo de consumo de masas.

Por debajo de la crítica ecologista subyace, en una u otra forma, una censura moral al egoísmo y la insolidaridad del consumidor, una cierta veta religiosa que quiere ver en la naturaleza unas formas de algún modo divinas, algo más que átomos y vacío, una visión un tanto ingenua de la naturaleza visible que se niega a admitir que tal idea de la naturaleza es también, a su manera, una construcción social. Si Marx dijo que la religión es el corazón de un mundo sin corazón, cabría decir que la ecología aspira a ser el corazón de un mundo sin religión, sin firmes creencias, de un mundo neopagano en el que la ciencia sea algo más que un proveedor de sinsentido, algo más que un catalizador certero de la muerte de Dios.